

Olga Lamela

olamela@xtec.cat

Colegio Jesús María-Claudina Thévenet (Barcelona)

<http://www.jm-claudina.net>

Diciembre. Lunes por la tarde. Una llamada sorprendente y una petición de la madre provincial: *“mi colaboración para unas publicaciones que se están preparando con motivo de la celebración del bicentenario de la congregación, y en concreto, mi testimonio como laica conocedora y comprometida con el Carisma de Claudina; para aportar mi reflexión personal sobre mi experiencia de vida cristiana y la influencia que ha podido tener el carisma de Claudina en mi vocación cristiana”*. En otras palabras, compartir el modo como el carisma de Claudina ha marcado mi vida.

La petición me asusta un poco... pero no sé decir que no; y mi gratitud hacia la Congregación de Jesús María no me permiten negarme a esta propuesta. Y acepto el reto, con mucho respeto por la tarea encomendada, un poco de temor y muchas dudas al pensar si sabré corresponder a las expectativas puestas en mí. No soy una gran escritora, y dudo de la calidad literaria de mis textos. Me cuesta transmitir lo que siento, aunque los que me conocen dicen que soy una buena comunicadora. Y empiezo la tarea, sintiéndome como Moisés y Jeremías, sobrecogida ante la responsabilidad encomendada... Pero sé que Dios guiará mis palabras para que sirvan de testimonio a otros. ¿Por qué no intentarlo?

Hay una cosa que me anima y me conforta, una cosa de la que no dudo y que tampoco nadie de los que me conocen puede dudar: Claudina y Jesús-María han marcado profundamente mi vida y todo lo que soy. Mi vida, mi persona, mi esencia; todo lo que soy se lo debo a Jesús-María. Si echo la vista atrás y hago repaso de cada uno de los momentos importantes de mi vida, todos han estado marcados, de alguna manera, por mi relación con Jesús-María. Las personas más importantes para mí han llegado a mi vida a través de Jesús-María. Por eso, si tengo que hablar de mi vida y de mi experiencia de vida cristiana tengo que hablar de Claudina y Jesús-María. Esta afirmación contundente y vehemente puede sonar un poco pretenciosa y arrogante, pero sale desde lo más profundo de mi interior, tal y como lo vivo, como lo experimento, como lo siento: mi vida y Jesús-María han ido y van de la mano.

Siempre he tenido claro que Dios ha ido guiando mi vida y ha ido llevándola por diferentes caminos hasta conducirme a Jesús-María. Siempre he pensado y estoy convencida de que Dios tenía un proyecto para mí en Jesús-María. Cuando analizo mi historia personal, estas palabras resuenan en mi cabeza: *«Antes de formarte en el vientre te escogí, antes de salir del seno materno te*

consagré...» (Jr 1,5). Lo tengo claro: Dios me quería en Jesús-María. Su proyecto para mí estaba en Jesús-María.

Nací en un municipio cercano a Barcelona. Soy la mayor de 4 hermanos. Mi familia se trasladó a Barcelona cuando yo tenía 6 años. Mis padres no encontraron una escuela con plazas suficientes para inscribir a sus tres hijas (mi hermano nacería unos cuantos años más tarde), así que cada una de las hijas fuimos matriculadas en un centro diferente. A mí me tocó un centro público. A mi hermana mediana un colegio de religiosas del barrio: “Jesús-María. Claudina Thévenet”. Un par de años después, las 3 hermanas estábamos matriculadas en ese colegio. Yo tenía 9 años. Desde entonces mi vida ha estado ligada indefectiblemente a Jesús-María y a Claudina.

En Jesús-María recibí mi fe (mis padres no eran creyentes y ninguna de las 3 hermanas estábamos bautizadas). En mis años de colegio se fue gestando y creciendo mi vocación cristiana y después, poco a poco, fui descubriendo cual sería mi vocación personal y mi proyecto de vida: ser educadora de Jesús-María. Porque sí, es una vocación: la vocación del educador de Jesús-María. Es la vocación de todos aquellos que, como Claudina Thévenet, creemos que la educación puede ser un elemento transformador de la sociedad, que creemos que se puede educar a los niños y jóvenes en los valores del evangelio, que queremos hacer, conocer y amar a Jesús y a María a nuestros alumnos. Todo ello con un estilo propio, desde el Carisma de Claudina Thévenet.

En el colegio, las religiosas de Jesús-María despertaron en mí el deseo de conocer y amar a Jesús y a María. Al poco de estar en el colegio, y con 8, 9 y 10 años, mis hermanas y yo recibíamos el bautismo y la comunión. Mis padres, siempre respetuosos y tolerantes, aceptaban el deseo de sus hijas. Y así, entrábamos a formar parte de la gran familia cristiana.

Y a la vez que las religiosas alimentaban, cuidaban y hacían crecer mi fe cristiana, una mujer del siglo XVIII entraba a formar parte de mi vida: Claudina Thévenet. En mis años de alumna en el colegio fui conociendo a esta mujer extraordinaria, su historia y el origen de la congregación. Una mujer que vivió su vocación cristiana y su fe profunda en un momento agitado y convulso de la historia: finales del antiguo régimen, revolución francesa, crisis económica... Dolor, terror, fe, perdón... Poco a poco fui conociendo cómo era esta mujer y profundizando en su personalidad:

«Una mujer rica en sabiduría sobrenatural, fuerte en la tribulación porque alegre con la esperanza, perseverante en la oración, atenta a las necesidades de los humildes, hacia los cuales se inclinaba gustosa amorosamente, solícita en ofrecer hospitalidad a las niñas abandonadas y a las jóvenes que buscaban trabajo para lograr el pan honradamente o deseaban recibir sólida formación

moral e intelectual. Fue, en suma, una mujer que reprodujo en sí las características del cristiano ideal¹.

Claudina, una mujer de fe y corazón. Una fe que le hace descubrir y sentir a Dios como amor, como vida, como Padre. De su gran corazón brota la compasión por los más indefensos y vulnerables de la sociedad: los niños. La fuerza de su fe y su corazón la impulsan a llevar a la práctica un proyecto ilusionante: la educación cristiana de los niños y jóvenes de su época.

Y así, paralelamente a mi formación cristiana, fui conociendo y profundizando en este modelo y ejemplo de vida cristiana: Claudina Thévenet. Me empapé de su historia, de su vida: Glady, *Perdona como nosotros perdonamos*, la Providencia de san Bruno, 3 de febrero, Fourvier, el padre Coindre, María de San Ignacio, la pequeña violeta, *Qué bueno es Dios...* Junto a los contenidos académicos y escolares, otros empezaron a formar parte de mi experiencia vital: el perdón, el compromiso, el amor, el servicio, la gratitud, la bondad, la solidaridad...

Mis años de colegio están repletos de buenos momentos y de muchos momentos felices. De nombres y apellidos. De rostros. De personas. De mucha gratitud hacia cada una de las religiosas y profesores que a lo largo de todos esos años me fueron formando y que ayudaron, con su testimonio y su ejemplo, a que el carisma de Claudina fuera arraigando en mí. Son muchas las religiosas que formaron y forman parte de mi historia personal, muchos nombres que guardo con mucho cariño en mi corazón, nombres que no se pueden borrar porque forman parte de mi historia personal. Todas esas mujeres que descubrieron, como Claudina, esa bondad de Dios, al que entregaron generosamente sus vidas, para vivir ese amor y esa bondad, y ponerlos al servicio de los demás, y en concreto a través de la educación de los niños y los jóvenes.

Como he dicho antes, los años de colegio fueron muy felices para mí. El colegio era mi vida, mi familia, mi casa. Entre las religiosas me sentía feliz, querida, acogida, valorada. 30 años después sigue siendo así: siento que Jesús-María es mi familia, es mi vida, es mi casa.

Pasan los años. A medida que voy creciendo y madurando, una pregunta me inquieta y se repite en mi interior: ¿Qué quiere Dios de mí? ¿Cuál es su proyecto para mí? Muchas preguntas, muchos interrogantes, muchas dudas... muchas conversaciones con religiosas, mucho rezar, mucho pensar... ¿Es que Dios me pide ser religiosa de Jesús-María?

Llega el momento de escoger mis estudios universitarios, de decidir hacia dónde quiero orientar mi vida. De las diferentes opciones que se me presentan, una me llama especialmente: magisterio. ¿Quizá mi proyecto de futuro, mi proyecto de vida está ahí, en el campo de la

¹GABRIELA MARIA, *De aquella noche en Pierres Plantées*, Religiosas de Jesús-María, Barcelona 2006³, XV.

educación? Los años en Jesús-María me han marcado tanto que decido orientar mi futuro hacia el mundo de la educación, como Claudina, como todas las religiosas que me han acompañado en mis años de formación. Aunque en ese momento aún no era consciente de que ahí, en la educación, encontraría mi verdadera vocación y desarrollaría mi proyecto de vida personal.

Lo que tenía muy claro en ese momento es que Jesús-María formaba parte de mi vida y no quería dejar de estar vinculada al colegio y a las religiosas. Por eso, aunque ahora estaba en la universidad, no dejé el contacto con el colegio, *mi familia*: campamentos, actividades extraescolares, club excursionista, encuentros, pascua joven... lo que fuera para no perder el contacto...

Poco a poco lo fui viendo más claro, poco a poco fui descubriendo qué quería Dios de mí, cuál era su plan para mí. Me quería en Jesús-María, pero no como religiosa...

Y terminé la carrera, y al año siguiente (casualidad, suerte, un Dios que va guiando mis pasos), estoy trabajando en Jesús-María. En mi colegio, en mi casa, en mi familia... ¿Qué más se puede pedir?

Esas ganas de dar me a los demás, mi gratitud y mi servicialidad, mi generosidad (palabras que me definen como persona y que son la herencia de mi formación en Jesús-María) encuentran una manera de ponerse al servicio de los demás. Lo que he vivido, lo que me han enseñado y transmitido, yo también puedo transmitirlo a los demás. Todos mis valores y cualidades puedo ponerlas al servicio de los demás, como otros y otras hicieron conmigo. Y a partir de ese momento descubro que mi vocación, mi proyecto de vida personal está ahí, en Jesús-María y en la educación de niños y jóvenes. Y poco a poco me voy empapando e impregnando del estilo de educar de Jesús-María.

Claudina Thévenet no escribió ningún tratado pedagógico, no dejó ningún *Manual de Educador*, pero nos dejó su vida, un estilo, una manera de hacer, de ser y de estar, unas palabras sembradas aquí y allá. Son su forma de ser y un carácter especial, unos valores y una profunda fe y vocación cristiana las que marcarán su estilo y su manera de educar: mujer de fe que se proyecta en su vida y en todo lo que hace, mujer madura; de una gran calidad humana y un grandísimo corazón; sencilla y humilde *-la pequeña violeta-*; ilusionada por la tarea educativa; responsable y preocupada por la formación permanente; consciente de la importancia del trabajo en equipo; paciente, y confiando siempre en los demás; preocupada por la atención personal e individualizada de cada una de las niñas; caracterizada por su pedagogía preventiva, que valora el esfuerzo y el trabajo de cada persona; con un alto sentido de la justicia; con una preferencia especial por los más débiles, los más vulnerables y los más necesitados; y todo ello en un

ambiente de familia que lo impregna y lo llena todo. Su estilo educativo nace de su forma de acercarse a las personas y de la relación que mantenía con ellas:

«Las actitudes básicas que dejaron huella en la tarea educativa de esta mujer fueron la fe en Dios y en las personas, y una caridad sin límites ni medida. El don de hacer agradable y atractivo el bien, incluso con la sola presencia, la intuición para conocer a los demás, la prudencia, el sentido común y buen juicio fueron cualidades que ella maduró por la experiencia y que imprimen en su obra un estilo propio. Y el objetivo al que consagrará toda su vida fue preparar jóvenes cristianas para asumir la propia responsabilidad en el mundo y para vivir en él con dignidad»².

Un estilo educativo que responde a los cambios continuos de la sociedad, que promueve una cultura de vida y ofrece una formación integral que atiende a cada persona, confía en sus posibilidades y orienta su futuro. Y las únicas preferencias que pueden permitirse serán para las más pobres, las de menos cualidades. Una característica propia del carisma educativo de Jesús-María. Todos los que respiramos y compartimos el carisma y el estilo educativo de Claudina tenemos muy presentes sus palabras:

«Las únicas preferencias permitidas son por las más pobres, por las más desgraciadas, por las que tienen más defectos y menos cualidades. ¡Pobrecillas! A estas sí, amadlas mucho; tened algunas atenciones con ellas; esforzaos por hacerles bien. Las buenas madres lo hacen así... Y Dios, que todo lo ve, que todo lo tiene en cuenta, ya desde ahora os bendecirá, esperando que llegue el día que os dirá: Lo que hicisteis al más pequeño de los míos, a Mí me lo hicisteis: venid a recibir vuestra recompensa»³.

Así es la pedagogía de Claudina. Así es el estilo educativo de Jesús-María. Así educa el educador de Jesús-María. Por eso ser educador de Jesús-María implica responsabilidad y corresponsabilidad. A lo largo de estos 200 años de vida de la congregación, las religiosas de Jesús-María han sido fieles a ese carisma que ha marcado el estilo educativo de los centros de Jesús-María. También nosotros, los laicos (educadores, profesores, maestros), recibimos esta misión y la hacemos nuestra; y sentimos que, junto a las religiosas, compartimos y somos corresponsables en esta misión, en este proyecto que inicio Claudina Thévenet.

Una imagen de Claudina: una talla de madera, la misma que preside muchos de nuestros colegios. Claudina con el hábito de religiosa acoge a dos niñas, las dos huérfanas que el padre

² *El Estilo educativo de Jesús-María*, Religiosas de Jesús-Maria Provincia de Aragón, Barcelona 1992, 9.

³ *Positio*, Roma 1981, 628-629.

Coindre encuentra abandonadas y temblando de frío y no duda en conducir a Claudina, quien no vacila en ocuparse de ellas. Año 1815, la compasión y el amor hacia las niñas abandonadas son el origen de la Providencia de San Bruno, la semilla de lo que será la congregación de Jesús-María. Hagamos un *zoom* y acerquémonos a la imagen. Centrémonos en el rostro de las niñas y en las manos. La mayor mira a la pequeña y la arropa con su brazo. La menor mira sonriente y confiada a Claudina, al tiempo que le coge la mano. Claudina las acoge en sus brazos. Un rostro y unas manos que expresan ternura, bondad, paz... Hoy esas manos son nuestras manos, mis manos; las de cada uno de los educadores y educadoras de Jesús-María que hemos recibido este testigo y nos hemos comprometido en la educación cristiana de nuestros alumnos. Hoy, todos los que amamos a Claudina y la obra que ella inició, queremos continuar esta tarea, manteniendo su carisma, adaptándonos a las situaciones nuevas y a los cambios de la sociedad.

Actualmente sigo trabajando en Jesús-María Claudina Thévenet: mi casa, mi vida, mi familia. Han pasado 36 años. Llegué con 9 años y ahora con 45 me siento feliz de poder vivir y realizar mi vocación y mi proyecto de vida en este colegio. Desde las diferentes responsabilidades que he ido asumiendo en el centro (como profesora, como tutora, como coordinadora de Pastoral, como directora general...); soy feliz de dedicar mi vida y todo lo que soy a transmitir lo que he recibo. A seguir el camino iniciado por Claudina, a mantener viva la llama encendida por esta mujer extraordinaria. A mantener vivo el proyecto de Claudina: «*Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis.*» (Mt 10, 8).

Lo que habéis leído no es literatura, no es ficción. Esta es mi experiencia, es mi vida, es mi historia, mi testimonio de cómo el carisma de Claudina me ha marcado profundamente y a definido la persona que soy. Pero estoy segura de que podría ser el testimonio y la experiencia de muchos profesores, maestros y educadores que hoy trabajan en los centros de Jesús-María y que, como yo, han descubierto en el ejercicio de su profesión, su vocación de educador de Jesús-María: educador con un estilo propio, un estilo de educar marcado por ese carisma de Claudina Thévenet. Es el testimonio de todos nosotros, educadores que como Claudina, creemos y soñamos que desde la escuela podemos transformar el mundo y que podemos enseñar a nuestro alumnos que otro mundo es posible.

Citando a la madre Gabriela María, “la obra que Glady dejó en la tierra, como la semilla del evangelio, ha extendido sus ramas por el mundo entero y trata de seguir las huellas de quien la sembró con el amor intenso de su gran corazón”⁴. El grano de mostaza sembrado por Claudina

⁴ GABRIELA MARIA, *De aquella noche en Pierres Plantés*, Religiosas de Jesús-María, Barcelona 2006, XIX.

se convirtió en un gran árbol, creció y dio fruto, y sigue dando fruto abundante en cada obra, en cada persona que compartimos y vivimos el carisma de Claudina Thévenet.

Por eso termino este testimonio con las palabras del evangelio, palabras que desde pequeña aprendí y memoricé y que hoy se hacen realidad en todos aquellos que hoy seguimos haciendo crecer esa semilla plantada por Claudina:

«Si el grano de trigo cae en tierra y muere, queda solo, pero si muere, da mucho fruto.»

Jn 12, 24.

Sean por siempre alabados Jesús y María.